

Ibagué: de la ambigüedad al modernismo

Efraín Herrera Espinosa. Sociólogo
Profesor asociado Universidad del Tolima

Para quienes hemos tenido la experiencia de vivir esta ciudad durante el pasado último cuarto de siglo, signados no sé si honrosa o despectivamente, como la “Generación de la Violencia”, no nos es extraño un sentimiento ambivalente hacia ella, matizado de amor y odio, dolor y placer, rabia y asombro, ternura y desencanto, primando sobre todo la sensación de pérdida de un pasado no totalmente superado, cada vez más reemplazado por una modernización que en modo alguno nos encanta.

En épocas de desplazamientos impuestos por fuerzas que se nos hacen cada vez menos descifrables, no tenemos a qué apelar para identificarnos, más que al doloroso recurso del recuerdo, de la memoria colectiva, del quehacer ya hecho y oculto bajo el manto fugaz y efímero del momento cotidiano, que pretende en su opacidad negarnos el derecho a vivir, trastocado por un miserable sobrevivir lleno del sobresalto de cómo hacer mañana para repetir lo mismo de hoy. Si bien es cierto que todo se confabula para el olvido, también es cierto, que aún nos queda la voluntad para recuperar y recobrar un pasado que es, querámoslo o no, el único espacio de la interacción en donde es posible hallar los retazos de identidad facilitadores de la construcción colectiva de un futuro digno de ser vivido porque puede ser mejorado.

Pero, ¿qué debemos recordar?, ¿cuál puede ser el norte que guíe la memoria para no hacer del ejercicio un simple recordar lacrimoso e impotente? ¿Cómo quitarle a la remembranza su matiz pesimista y darle un carácter de reconstrucción vitalista y positiva? No parece que exista una fórmula diferente a la de sumergirnos en los espacios destruidos en donde se crearon los amores, las tensiones, las tragedias, las desilusiones y los sueños que no pudiendo ser, no tienen por qué dejar de ser motivaciones de lucha y de trabajo persistente. Pero como ejercicio del lenguaje, no puede quedarse en la palabra sola, sino que para poder tener futuro debe escribirse, discutirse y limpiarse de las telarañas producto de la pereza y del temor a encontrar hechos que no nos enorgullecen.

Hace más de treinta años, llegar al Tolima, por donde quiera que sea, excepto desde el Huila, es un desprenderse desde las cimas de montañas tutelares que como gigantescos antepasados dormitan a la espera de las fuerzas de creación destrucción que configuraron el paisaje. De estas montañas coronadas de nubes surgen los torrentes y los aguaceros calentanos que vivifican los surcos, que facilitan la vida y la destruyen como ocurrió con el Combeima en los años cincuenta y como ocurre aún hoy en los barrios de pobres ubicados en las riveras de ríos y quebradas. La magia del descenso se nos manifiesta en la lujuria de los colores de plantas y montañas, en las músicas desbordantes de los equipos de sonido que invitan a la danza desaforada, al habla voluminosa y al glotón discurrir en medio de jugosas frutas, comidas ancestrales y aromas de la tierra, así como, cómo ocultarlo, con el calor, o mejor, los calores que incitan al roce de las pieles, a

la confabulación de los ardores, al goce de la piel desnuda, del paseo de olla y del compartir desinhibido con el otro, con la otra, que en últimas no son más, pero tampoco menos, que el nosotros.

Llegar de “otra parte” hace veinte años era llenarse los pulmones de olor a tierra húmeda, penetrada del germen millonario en años de la vida, que lo inunda todo. Significaba prepararse para la explosión de color de la Quinta con sus ocobos, cámbulos o gualandayes pletóricos de flores, pájaros y mariposas. Hoy estos árboles luchan denodadamente por no morir de las heridas propinadas por la ampliación de la avenida, o, de la no menos peligrosa contaminación por los gases tan generosamente distribuidos por compañías de buses y busetas de servicio público, tan poco controladas por la administración municipal como bien defendidas por los politiqueros de turno, así como por la expansión del transporte privado.

Llegar de “otra parte” era decidir entre múltiples alternativas en espacios deteriorados por el paso de los años, los cuales, a pesar de su mala fama, eran posibilidades de encuentro. Uno podía escoger entre unos tragos en barcitos de mala muerte como “La Canoa”, el “Terminal” u otro cualquiera, en donde las meseras, conocidas casi todas, nos informaban de los últimos acontecimientos acaecidos y nos brindaban las primeras sonrisas, los primeros abrazos y la alegre bienvenida. Pero, de pronto usted no arriesgaba tanto y decidía que su primer problema era de hambre y no de sed. Si ese era el caso, y su billetera no estaba bien surtida, podía dirigirse al “Trocadero” y con muy poco dinero engullirse una sopa campesina preñada de verduras, pollo, leche y coronada por un huevo gigantesco; podía, si ese era su gusto, probar en el “Faro”, rodeado de perros tan inmensos como pacíficos, saborear el más delicioso de los conejos; o, subir por la tercera y buscar a doña Tulia, la matrona que curaba cualquier malestar estomacal con la más deliciosa de las gallinas. Todo esto desapareció con la reubicación de las flotas de transporte en el nuevo terminal.

El traslado del terminal, de la calle diez y siete a su actual ubicación, no resolvió el problema del deterioro del centro, lo amplió y prácticamente lo convirtió en insoluble. Si llegar antes era un placer, hoy es inseguro, falto de servicios y no se diferencia en nada por su falta de calidad de cualquier terminal de ciudad sin personalidad.

Pero el llamado era a recordar. Recordar qué se sacrificó al trasladar el terminal al inadecuado sitio en donde hoy se encuentra, significa hacer un juicio de responsabilidades a quienes ordenaron la destrucción de la Estación del Ferrocarril, espacio público que pudo, como sucede en muchas otras ciudades del país, con líderes y habitantes menos inconscientes de su pasado histórico, ser convertido en espacio de cultura, polo de desarrollo o parque pulmón de espacios deteriorados por la inexorable cuchilla del progreso y la modernización. La propuesta no es volver a ponerlo en donde estaba - el terminal que la Estación ya ni modos - sino llamar a quienes fungen de planificadores a que al menos se informen cómo, en las ciudades administradas con seriedad, estos servicios se

prestan en los extramuros de las mismas, para evitar el ingreso de este tipo de transporte por la red urbana y que además debe hacerse un terminal de carga para lo mismo. No vaya a ser que a alguno de nuestros improvisados proyectos de alcalde (sa), se le ocurra que el actual terminal pueda servir como terminal de carga, sin siquiera examinar lo que ocurrió en Bogotá con Corabastos. Pero en Bogotá nadie podía ni siquiera imaginar el desaforado crecimiento poblacional de los últimos treinta años, cosa que en Ibagué no es tan probable, o que al menos es planificable.

Pero los ibaguereños (ya me considero uno si me lo permiten), no sólo hemos permitido que se desplacen y destruyan sitios históricos y lugares de tertulia - a propósito, "La Tertulia" también desapareció en un incendio para darle espacio a un parqueadero en el cual hoy se construye un nuevo edificio anónimo -, sino que no nos ha importado permitir la destrucción de nuestros sitios tradicionales de encuentro y su cambio por sitiecitos "light" de comiditas rápidas, de ropita "play" y de musiquita "plastica".

De dónde podemos sacar identidad, propuestas comunitarias y participación ciudadana si permitimos que la Florida se convirtiera en lo que es hoy, si el San Jorge desapareció para que ni siquiera el Ley sobreviviera. Parece que a nadie le hace falta el Grano de Oro, el Café París, o, el recientemente fenecido Arte y Café, en donde nacieron y murieron tantas amistades, amores y conspiraciones. ¿O en dónde era que se hacía la política si no en esos espacios. ¿ No era allí en donde se construían fortunas, se cerraban tratos y se proponían los desafueros?. En dónde se preparaba el examen y se esperaba anheloso el pasito tímido de la muchachita que con el tiempo se nos perdió en el olvido o se convirtió en nuestra desgracia?. El culto al pavimento, al concreto y a la verticalidad nos echó a la calle, pero esta ya no era nuestra. Las calles como producto de la modernización se volvieron patrimonio de los autos, de los vendedores ambulantes, del raponero y del mendigo.

No es el anhelo de retornar al pasado lo que me propongo. Es el recordar que quien no reconoce su pasado como propio, no puede aspirar a tener un futuro como posible. Ese está condenado a que le configuren el futuro en la cocina de los tecnócratas y no a configurarlo apasionadamente con sus conciudadanos. Ibagué al destruir sus puntos de encuentro, y al banalizar los nuevos, destruye las posibilidades de formar ciudadanos responsables y participativos y convierte a sus habitantes en desplazados eternos. La ciudadanía no se construye en los supermercados, en los centros comerciales o en los llegaderos light. Estos simbolizan la privatización de lo público y la extensión del anonimato igualitario. Sólo y en la medida en que la ciudad sea pensada como patrimonio de sus gentes y no como espacio para el mercado, será posible que el sueño de un ibaguereño, unido a muchos otros sueños se convierta en realidad para todos los ibaguereños. Lo demás son consignas de campaña política, no propuestas de realidad.